

## RECUPERAR LA VOZ EN EL EXILIO: APOSTILLAS A LA ÚLTIMA NOVELA DE MARÍA ROSA LOJO

Marcela Crespo Buiturón\*

### DATOS DE LA OBRA

Lojo, M. R. (2014). *Todos éramos hijos*. Buenos Aires: Sudamericana. ISBN 978-950-07-4838-4.

*El charco empezó a generarse en los últimos compases del Himno Nacional. “¡O juremos con gloriaa morir! ¡Ooojureeos con glooria morir! ¡Oooooo juremos con gloria morir!”. Entonces sintió deslizarse, muslos abajo, un chorro fino y cálido (que se parecería, años más tarde, a la rotura de bolsa previa al parto), empapando la ropa interior de algodón blanco...*

María Rosa Lojo, *Todos éramos hijos*.

El epígrafe recoge un fragmento—claramente anticipatorio de la tragedia que enmarca la novela— de la primera escena en la que aparece Frik, la protagonista de *Todos éramos hijos*, de María Rosa Lojo. Frik... así la llama su compañera de colegio y ese apodo la acompañará por el resto de su vida. La hija del exiliado republicano español que se afincara en Castelar, ese borde extraño de Buenos Aires al oeste, había ido apareciendo una y otra vez en varias novelas de Lojo, transitando por el mundo conocido —también por el deseado— con las raíces al aire, en una suerte de deriva entre el omnipresente pasado español y el accidental y traslúcido presente argentino. Sin embargo, en esta novela, se opera un cambio significativo. Anteriormente, Lojo había creado un mundo de espículos

---

\* Doctora en Filología Hispánica por la Universitat de Lleida (España) y Licenciada en Letras por la Universidad del Salvador (USAL). Investigadora del CONICET y de la Universidad de Buenos Aires. Coordinadora del área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras (IIFyL) de la USAL y Profesora titular de Teoría Literaria en esta misma institución. Correo electrónico: marcela.crespo@usal.edu.ar.

*Gramma*, XXV, 53 (2014), pp. 231-234.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0161.

entre ambas orillas (las *meigas* gallegas y las *machis* ranqueles; la inmensidad del mar que golpea las costas de Finisterre y el desierto de la Tierra Adentro pampeana; etc.). La Guerra Civil Española era la única experiencia traumática (salvo una breve alusión a la guerra de Malvinas en su primera novela) que regía los destinos de sus personajes y los arrojaba al desgarramiento del exilio. Pero esta vez aparece la otra cara del Fantasma, temida y evitada: el último proceso militar argentino. Ambas guerras civiles se acercarán hasta casi fundirse, convivirán entre el tuteo hispánico y el voseo porteño; se colarán entre las zetas sonoras y las eses indistintas... cerrando un ciclo, tal vez, iniciado en aquella primera novela que publicara María Rosa Lojo en 1984, *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste*, con otros —o los mismos— exiliados españoles: los Neira. El barco había llegado en ese entonces a puerto, se había convertido en una casa de Castelar, pero la pregunta apenas había sido susurrada... La hija —mitad española, mitad argentina— buscaba ese original perdido en el tránsito, guiada por una canción antigua que pronto se convertiría en marcha militar. Luego vendría el encantador dandy, Lucio V. Mansilla y su excursión a los indios ranqueles, el exiliado de la historia, en un regreso fantasmal a fines de otro siglo, el xx, en *La pasión de los nómades*, su segunda novela, publicada en 1995. En ella, haría dialogar la magia celta y el discurso histórico de la joven nación, dirigiendo la búsqueda hacia la Tierra Adentro. También entre ranqueles, otra hija de Galicia, trasplantada a la Argentina, ensayaría la primera conciliación de la identidad escindida en *Finisterre*, novela aparecida en 2005. Su «Soy dos. Soy las dos» (Lojo, 2005, p. 181) parecía ser la clave, pero pocos años después, en 2012, Lojo publicó *Árbol de familia* e instaló el frío corredor para Rosa, la exiliada hija: un lugar de tránsito, en el que ningún descanso era posible. La búsqueda había llegado, tal vez, a una aporía.

*Todos éramos hijos* comienza con otro corredor, el del ingreso al colegio de Frik, el Sagrado Corazón. Por él tendrá que transitar la pequeña hija del exilio cada día. Esta vez, ese pasillo no la llevará al pasado añorado por sus padres, a la lejana tierra perdida, sino al presente convulsionado de la Argentina previa al último proceso militar: el Cordobazo; el conflictivo regreso de Perón; la polémica presidencia de María Estela Martínez—Isabelita—, acompañada por el brujo López Rega; también al nuevo orden propuesto por el Concilio Vaticano II y los curas obreros y villeros; finalmente, al inevitable enfrentamiento de la Izquierda y las Fuerzas Armadas... Comenzaba una nueva y no menos brutal dictadura, precedida, para su familia, por la franquista. La historia se repetía al otro lado de la mar oceánica.

Tal vez era necesario que Frik viviera esta otra guerra para que pudiera emerger la hija desde las profundidades a las que la había confinado el exilio paterno, para contar su historia, ya no como mera copia deslucida en tierra accidental, sino como protagonista en tierra propia.

Estructurada en tres actos, como una tragedia, y con una pequeña obra de teatro como epílogo, la novela desafía no solo los géneros tradicionales sino que se posiciona,

como sostiene la misma autora, «más cerca de la memoria que de la Historia» para dar una suerte de «testimonio generacional» (p. 9).

La cuestión identitaria—anclada en la problemática del exilio y del género—se instala desde el comienzo, siguiendo una ya larga tradición en su obra. La protagonista es convocada por la profesora de Lengua y Literatura para actuar en una representación teatral de la obra de Arthur Miller *Todos eran mis hijos*, hipotexto de la novela de Lojo:

Frik, siempre escasa de palabras propias, hablaría con las de otro. Sería madre, aunque ni siquiera se sentía plenamente hija y menos aún, afincada en la tierra donde había caído. En algo, no obstante, se sabía parecida a Kate Keller: ambas estaban desubicadas en el tiempo y en el espacio. [...] Las dos, también, habían ingresado en esa zona intermedia por fidelidad a la Historia que habían hecho otros: el marido de Kate, los padres de Frik (p. 22).

Recibida como una extranjera en la escuela por su hablar hispánico impuesto por sus padres, Frik intentará resolver nuevamente la aporía de la hija del exilio. Conjugará tiempos, lugares y orígenes a partir de la conflictiva relación entre padres e hijos, con tres guerras como telón de fondo: la civil española, la del texto de Miller y la desatada por el último golpe militar argentino. De allí surgirá uno de los temas vertebradores de la novela, que de alguna manera adelanta uno de los personajes, Esteban Milovich, su compañero en la obra, cuando comenta en un ensayo que su padre no quiere aceptar que a los de su generación «hoy les toca ser juzgados por sus propios hijos» (p. 65).

Condenados a seguir los pasos del Larry de Miller, los hijos de esta novela asumen culpas, deseos y proyectos paternos. Frik se convertirá, en su actuación, en la esposa fiel y compañera que su propia madre no pudo ser: «Qué marido no hubiera deseado una mujer como Kate Keller. A su padre, sin duda, le hacía falta una...» (Lojo, 2014, p. 46). Daniel Sigal, su mejor amigo, se dedicará a la música, como hubiera querido su padre: «La música era la asignatura pendiente de papá» (p. 68). Y Lulú, ese personaje que dinamiza las escenas con su incombustible humor, terminará la carrera que dejó inconclusa el suyo: «Nunca había podido terminar la carrera de Medicina. Lulú —pensaba Frik— lo hizo por él» (p. 129).

*Todos éramos hijos* se erige, entonces, como un canto de protesta ante esta pesada herencia paterna, sostenida—y cuestionada en este texto— ya desde la tradición bíblica:

A Frik le tembló la voz, pero habló.

—También se tienen hijos para matarlos.

—¿En las guerras?

—No solo ahí, no solo por eso. ¿No lo hizo Dios Padre? [...].

Laura Broullón la miró detenidamente.

—A mí también siempre me fue difícil entender ese simbolismo.

—¿No es algo más que simbolismo? ¿No pasó de verdad, literalmente?

—Eso dicen las Escrituras. Pero más allá de los hechos visibles, Dios Padre se entrega a sí mismo en el Hijo, su desdoblamiento.

—Un hijo es algo más que un desdoblamiento del padre (p. 81).

La voz de Frik, al principio entrecortada y débil, se va fortaleciendo según avanza la novela, negándose abiertamente a convertirse en víctima de los padres por seguir su mandato: «Pero no con mi consentimiento, ¿entendés? Esa es la diferencia» (p. 84). La exiliada hija, heredera del trauma, de la fragmentación identitaria, con las raíces al aire en tierra accidental, copia deslucida de los padres, cobra finalmente voz propia.

Lojo lee a Miller para dar testimonio de una generación. Después de tantos años, su Frik se enfrenta a las cajas de fotos, apuntes, recortes: «Algunas no habían sido visitadas en años. Quizás porque enmascaraban, con su neutralidad de oficina, un territorio minado...» (p. 142). Y es entonces que, desde el fondo de su historia familiar y nacional, decide dejar de ser la frágil heredera de transparentes e inútiles alas de mariposa: «‘Dejar de huir’, se ordenó la vieja Frik. Y abrió la caja semioculta en la última biblioteca» (p. 142).

La novela se cierra con una pequeña pieza teatral titulada «Casandra-Frik habla con los muertos». En las tres escenas que la componen, la vieja y miope Frik, convertida en Casandra, propicia el encuentro entre Esteban Milovich y su padre, como preludio del que tendrá ella con su propia madre. Las escenas transcurren significativamente en un «Viernes Santo, cuando conmemoramos la muerte del Hijo» (p. 236).

Verse es el desafío. Reconocer al otro en la diferencia que, sin embargo, oculta la identidad. Renacer con voz propia, no negando la herencia de los padres, sino buscando su camino como hijo. No ser más un desdoblamiento, salir del «sótano-teatro sin mirar atrás», subir las escaleras y ascender, para ver cómo «el sótano profundo se va desvaneciendo en la claridad» (p. 245).

Esa claridad parece ser la cifra del deseo: el deseo de dejar atrás la oscuridad que se ha cernido sobre España y Argentina por una guerra civil y una dictadura que se cobraron la vida, el descanso o la identidad de miles de hijos.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Lojo, M. R. (2005). *Finisterre*. Buenos Aires: Sudamericana.